



GEOPOLÍTICA PARA UN MUNDO EN EBULLICIÓN

THE NATURAL SEATS OF POWER.
 Pivot area—wholly continental. Outer crescent—wholly oceanic. Inner crescent—partly continental, partly oceanic.

A lo largo del tiempo imperios y civilizaciones se han ido sucediendo en el control y dominación de territorios de mayor o menor extensión. El siglo xx y lo que llevamos del xxi ha sido un periodo de enorme convulsión que, pese a los augurios de algunos analistas, aún no ha periclitado; al contrario, estos tiempos contemplan una tensión acrecentada en distintas partes del mundo y ofrecen diferentes lecturas de carácter geopolítico que no aclaran cual será el hegemon triunfante de esta época, suponiendo que haya alguno

Raúl Suevos Barrero

Coronel de Infantería retirado

El trabajo de historiadores y geógrafos, de cuyo ayuntamiento el saber alumbró a los conocidos como geopolitólogos, una subespecie humana que encuentra su medio natural en fundaciones, centros de pensamiento y revistas de pensamiento político, alcanza su mayor relevancia cuando se aventura en la prospectiva geopolítica. Esta época, influenciada por el coronavirus pero llena de tensiones desde hace años, plantea nuevos interrogantes.

Durante gran parte del siglo xx prevaleció el concepto del «pivote geográfico de la historia», definido por Harold Mackinder allá por 1904, según

el cual todo pivotaba sobre la «tierra corazón», que él identificaba con Asia Central¹, y quien lograra controlar ese territorio alcanzaría a controlar las periferias del centro, el «Rimland», es decir, básicamente el mundo. Detrás del concepto se ocultaba la razón del «gran juego», el belicoso y sangriento entretenimiento al que se dedicaron en Oriente los viejos imperios hasta la llegada de los EE. UU. al casino del mundo, dejando el asunto en manos de solo dos tahúres durante casi un siglo y desplazando el pivote hacia el oeste.

UN POCO DE HISTORIA

China, en su ensimismamiento, no existía para esta parte del mundo. Serían los persas los primeros en crear una vasta organización de carácter imperial que se veía limitada por su carácter terrestre y su supeditación

a la capacidad de sus carreteras, que las construyó, y muy buenas. Sus límites estaban en la cuenca del Indo hacia el este y en Cirenaica al oeste, con el paso cerrado hacia Europa por escitas y griegos.

Cuando Roma dictaba las reglas del mundo este se conformaba en torno al Mediterráneo, limitado al sur por las arenas del Sáhara y avanzando hacia el este hasta las antiguas tierras de los mismos escitas que frenaron a Darío el Grande. La extensión máxima la marcaba el alcance de la logística de las legiones romanas y el *Mare Nostrum* era la gran autopista. El norte era entonces terreno apto solo para razas adaptadas, como los vikingos, las mismas que andando el tiempo seguirían el curso de los ríos para fundar el Rus de Kiev, hoy Ucrania, y bordeando Europa llegarían a señorear Sicilia en forma de reino normando.

En la Edad Media la frontera del Sáhara sube hasta las orillas del mar con la llegada del poder musulmán, nacido en los desiertos arábigos, y en Europa las repúblicas de Génova y Venecia desarrollan gigantescos imperios comerciales, el primero hacia las rutas terrestres de la seda, que vienen desde la Eurasia profunda, y el segundo controla las rutas marítimas que llegan desde el lejano Oriente. En el mundo islámico se asiste a la llegada de los mogoles hasta Bagdad y su rápida islamización.

De estos mogoles surgirán nuevos imperios, como el breve y sangriento de Tamerlán, un guerrero de origen turcomano a quien Enrique III de Castilla enviaría un embajador a Samarcanda. Apenas empezaba el siglo xv, pero las rutas del comercio y la política ya eran viejas entonces. El Imperio mogol, allá por el siglo xiii, comprendía toda la China actual, Asia central china y soviética, Irán, Iraq y gran parte de Rusia y de la India, es decir, el mundo de Mackinder.

Otras hordas turcas al servicio mogol descenderían hasta la península de Anatolia para allí crear un gran imperio, el otomano, que durante siglos sería el más importante en Eurasia y marcaría el devenir del Islam

Según el concepto del «pivote geográfico de la historia», definido por Harold Mackinder allá por 1904, todo pivotaba sobre la «tierra corazón», que él identificaba con Asia Central

cuando el sultán decidió inclinarse hacia la confesión sunita. Esas dos sensibilidades, aparentemente de la misma cuna, marcarían dos percepciones del mundo desde un sentimiento nacional de carácter imperial, Turquía y Persia, a través de las cuales aún hoy se manifiestan dos direcciones geográficas y políticas que bordean el centro dominado durante siglos por el Imperio ruso y sus sucesores.

En el centro eurásico nos encontramos en los últimos siglos con ese Imperio ruso siempre buscando zonas colchón bajo su dominio o control que sirvan para preservar el corazón del país, entendiendo esto como el asiento de su centro de gobierno. Con esta premisa resistieron a los caballeros teutónicos, a Napoleón y a Hitler, y también con este pensamiento se extendieron hacia el este hasta controlar la hoy estadounidense Alaska.

Putin no ha cambiado esa estrategia y considera la línea entre mares, Báltico y Negro, como fundamental para esa estrategia histórica, de ahí las repúblicas satélites europeas tras la Segunda Guerra Mundial y también la construcción arbitraria en el otro confín, en límites y etnias, de las repúblicas de Asia Central que hoy, pese a todo, parecen querer recobrar su importancia geoestratégica. La anexión de Crimea se enmarca en la misma línea estratégica.

LA EDAD CONTEMPORÁNEA

Los últimos siglos vieron un primer imperio global, el ibérico, con españoles que alcanzan y conquistan América y, más importante, descubren el Tornaviaje² y con ello empuñan el mundo. Por su parte, los lusos doblarán Buena Esperanza y alcanzarán las costas de la India e instalarán un fructífero comercio. Tras ellos, los británicos fundan un duradero y casi global imperio que inicia su declive con la independencia de los EE. UU. y que alcanza su ocaso con la larga contienda entre los totalitarismos y las democracias liberales que abarca desde 1914 hasta la caída del Muro de Berlín en 1989.

En la zona sur del pivote geográfico la situación comercial, la ruta principal de la seda, fluctuaba en función de la política, y así vemos que la edad dorada coincide con aquella época de casi completa dominación de los herederos de Gengis Kan, siglo y medio que acaba con la caída de Constantinopla en manos osmaníes y el cierre de la ruta terrestre y en parte de la marítima.

Los últimos siglos conocerán el crecimiento del Imperio ruso, después soviético y el decaimiento de China casi en autoaislamiento después de los viajes del almirante Zheng He en la primera mitad del siglo xv. China no reaparece hasta que el comercio británico se interesa y promueve las ignominiosas guerras del opio, que difícilmente los chinos llegarán nunca a olvidar.

EL AUGE DE LAS CIUDADES

En muchos de esos períodos asistimos a etapas en las que surgían ciudades estado o ciudades semiindependientes. Los ejemplos clásicos los encontramos en las ciudades helenas, en las ciudades estado italianas, como Venecia o Florencia, entre otras, sin olvidar las ciudades imperiales centroeuropeas, como Estrasburgo, por ejemplo, o las de la Hansa germánica. Son múltiples los ejemplos que podemos encontrar y si analizamos el fenómeno descubrimos que siempre existe detrás una potente actividad comercial que se apoyaba en unas buenas comunicaciones en cada época, marítimas, fluviales o incluso terrestres.

Otra de las características ciudadanas del mundo antiguo era la protección. Sus ciudadanos vivían intramuros y su zona de influencia llegaba hasta donde se llegaba en el día, y allí también se encontraba la zona de producción alimenticia. Su existencia era precaria, pues si eran exitosas pasaban a ser del interés de algún poder superior, pero si lograban resistir podían llegar a ser imperio ellas mismas, como en el caso paradigmático de Venecia.

El ejemplo italiano es uno de los más estudiados ya que allí el fenómeno

de las ciudades independientes duró varios siglos y solo desapareció con la llegada de la oleada napoleónica, un huracán que barrería las viejas estructuras en casi toda Europa. Con el siglo xix llega también la industrialización y se inicia la etapa del crecimiento desmesurado de las ciudades, especialmente en Europa. Es con este proceso cuando nace el concepto del urbanismo, es decir, el estudio, la planificación y desarrollo de las ciudades, ciudades que ya no se detendrían puesto que, con la mejora imparable de las comunicaciones, el concepto de *hinterland*³ había desaparecido; ya no se cultivaba nada en el extrarradio, todo venía de lejos. Y a caballo de las comunicaciones terrestres se

seguía creciendo y se alcanzaba la conurbación. Londres, París, Nueva York, Nueva Deli..., son claros ejemplos del fenómeno, pero China cuenta actualmente con 23 megaciudades, la más conocida en estos tiempos de pandemia sin duda es Wuhan.

Arnold J. Toynbee ya anunciaba en 1970 que las ciudades estaban en marcha para lo que incidía en el proceso de crecimiento exponencial a caballo de las comunicaciones terrestres, para imaginar una conurbación global en la que las interrelaciones de carácter comercial irían creando nexos de tal importancia que llevarían a cierta relajación de la dependencia de los poderes locales respecto a los

nacionales. Y todo ello, en cierto modo, es un producto de esa contienda de larga duración que tuvo lugar a lo largo del siglo xx.

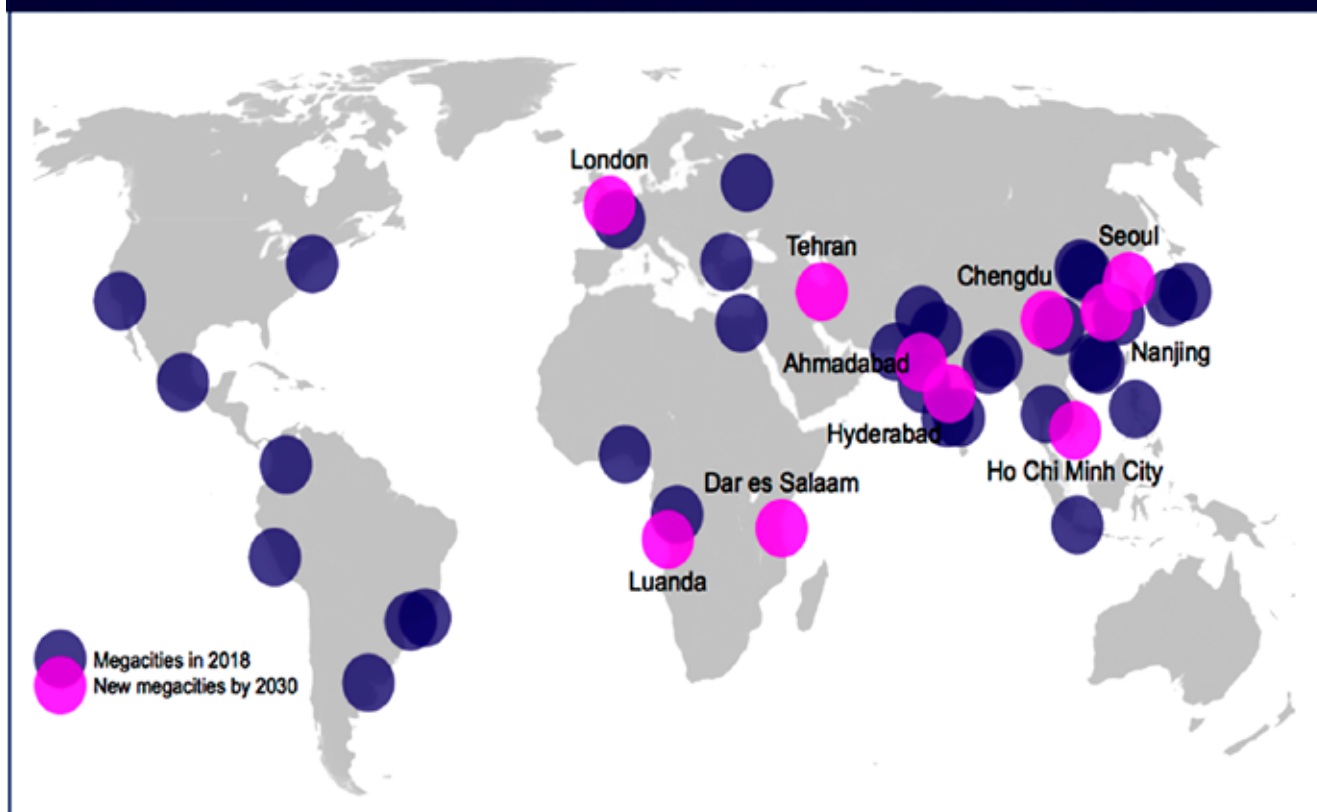
De la Segunda Guerra Mundial salieron dos superpotencias, Rusia y los Estados Unidos, y una tercera potencialidad, China, que aún tardaría una generación completa en encontrar una vía de eficiencia para dejar ver sus posibilidades; eso hoy es una realidad. En ese transcurrir desaparecieron como potencias las grandes naciones europeas individualmente y solo la genialidad política de los Schumann, Adenauer, De Gasperi, etc., ha logrado evitar su insignificancia global, gracias a la invención de lo que hoy es la Unión Europea.



Almirante Zheng He

De la Segunda Guerra Mundial salieron dos superpotencias, Rusia y los Estados Unidos, y una tercera potencialidad, China, que aún tardaría una generación completa en encontrar una vía de eficiencia para dejar ver sus posibilidades; eso hoy es una realidad

Megacities of the world in 2018 and 2030



Informe de Naciones Unidas sobre las megaciudades del mundo en 2018

Saltando el período de la Guerra Fría, con sus doctrinas de contención y sus guerras por delegación, alcanzamos, tras la caída del Muro, el prometido y no realizado *Fin de la historia* de Francis Fukuyama, según el cual quedaba una única superpotencia que tendría como principal cometido global el impulso de la democracia liberal en todo el mundo. Sin embargo, la realidad se empeña en desbaratar tan lisonjeras predicciones.

La gran China, con la llegada al poder de Deng Xiaoping y su práctica doctrina de «no importa que el gato sea blanco o negro, solo que cace ratones», consiguió en esos primeros años alimentar convenientemente a su ingente población para después, con los sucesivos jefes del PCCh, hasta llegar a Xi Jinping, convertirse, desaparecida la URSS, en el nuevo desafiante al poder omnímodo de los EE. UU. En ese ínterin Rusia ha conseguido superar la etapa de desconcierto que siguió a la disolución de la URSS para, bajo la dirección de Vladimir Putin, avanzar en una clara línea de recuperación

de su rol como gran potencia que solo se ve amenazada por su dificultad para salir de su deficitario ciclo económico, siempre apalancado en las industrias extractivas.

EL ESCENARIO ACTUAL

En este drama global aparecen dos actores principales, China y los Estados Unidos; un secundario con ínfulas que aspira pero no puede llegar, Rusia; una vieja gloria de las tablas al que los demás miran con cierto respeto pero al que ven en las últimas, Europa; y una serie de figurantes entre los que destaca especialmente un vecino de la gran China, tan poblado como ella y con la que mantiene litigios pendientes, la India. Nos quedan diversos papeles que corresponden a eternos meritorios como Iberoamérica o Australia, y también aspirantes a papeles más importantes en su región, como Turquía e Irán, dispuestos a dar codazos para lograrlo. Puede chocar que no haya papel para los países árabes, cuya importancia no es pareja a la de su religión en el mundo, pero incluso su

capacidad de presionar desde la producción de energía parece estar desvaneciéndose.

China, que mejoró enormemente el nivel de vida de sus ciudadanos en los últimos 20 años, aún tiene recorrido por delante antes de plantear un serio enfrentamiento con los EE. UU., la diferencia enorme entre sus respectivos presupuestos de defensa lo muestra claramente. En los últimos años se ha volcado en la mejora de su Marina de guerra, con el objetivo de asegurar el dominio del mar de la China y las rutas logísticas que lo atraviesan. También en este sentido se justifican los convenios e inversiones que realiza con Rusia, con el objetivo de asegurarse la ruta del norte, bordeando la «tierra corazón».

China lleva a cabo una política marítima similar a la de Venecia en el Mediterráneo con el conocido como *cinturón de perlas*, una serie de enclaves, puertos y bases entre las que están Yibuti en el Cuerno de África o Gwadar en el suroeste de Pakistán, que le permitirían mantener la seguridad de sus rutas, y en el caso pakistaní subiría por

tierra hacia Islamabad para llegar a Kashgar, en el Xinjiang chino, en plena ruta terrestre de la seda. En este cinturón de perlas se encuentran las islas Senkaku y las Paracelso, fuente de diferendos con los vecinos que la gran potencia usa como muestra de su creciente ambición; y también, en cierto modo, el ateniense puerto del Pireo, bajo administración china.

Es por tierra, sin embargo, donde lleva a cabo su mayor esfuerzo por medio de autovías y vías férreas a las que se unen diversas inversiones en la mayoría de los países que atraviesan, especialmente en los de Asia Central, que, teóricamente bajo influencia rusa, hoy en día mantienen con ella una mayor dependencia económica que con su antigua potencia. China no busca el enfrentamiento directo sino más bien el apalancamiento de voluntades políticas de aquellos en los que aplica sus inversiones. Esa dependencia económica se traduce ya en respaldos políticos en los foros internacionales, algo que sucede también con muchos países

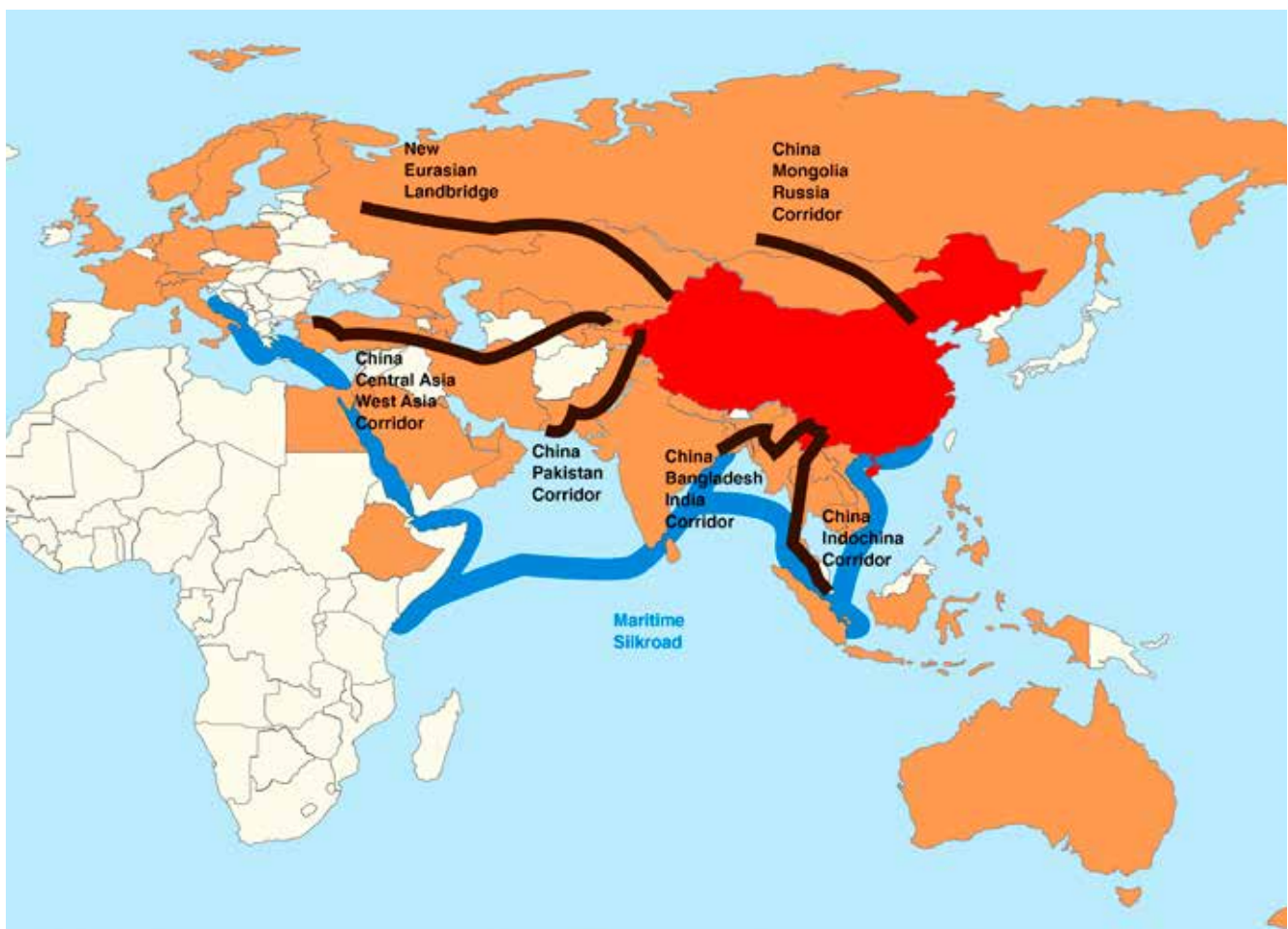
africanos e iberoamericanos. El poder del dinero.

Esta expansión económica hacia el oeste y el sur se encuentra con la resistencia de vecinos históricamente reacios a la influencia china, como en la península Indochina, pero también con una India en tensión armada en el confín del Himalaya, o un Tíbet que, pese a todo, resiste la invasión étnica de los Han desde el mismo día de la ocupación, para no olvidar el Xinjiang musulmán en permanente inquietud y resistencia pasiva, y tampoco la situación de Hong Kong o Taiwán.

Son todos pequeños problemas para el gigante, pero combinados, espontáneamente o animados por terceros, pueden poner en un brete el paso firme hacia el futuro diseñado por Deng y ahora dirigido por Xi Jinping. La actual crisis del coronavirus puede ser la mejor piedra de toque para comprobar hasta qué punto el gigante es real o no. La fortísima dependencia china de las materias primas exteriores y de una balanza comercial muy favorable

se verá comprometida con la caída general del consumo en el ámbito mundial. Las reservas chinas de un lado y la demanda interior del otro se verán puestas a prueba y, si son capaces de aguantar hasta la recuperación mundial, es indudable que China saldrá fortalecida. Veremos.

Los EE. UU. mantienen la hegemonía mundial desde el Tratado de Versalles, finalizada la Primera Guerra Mundial, al principio de forma solapada y circunscrita a su potencia económica y tras la Segunda Guerra Mundial de forma clara pero evitando, en la medida de lo posible, el calificativo imperial. Es la suya otra forma de dirigir desde la superioridad moral de la democracia liberal, una conducción que, tras la desaparición de la URSS, se ve ahora desafiada en algunos aspectos por parte de China. Y ello se debe a que, tras la caída del Muro, los sucesivos presidentes cayeron en la trampa del narcisismo. Las dos guerras de Iraq, especialmente la primera, contribuyeron lo suyo; después vinieron el 11S y la



Un cinturón, un camino. Fuente: Wikimedia

ocupación de Afganistán, todos conflictos en los que hubo poca gloria y muchos años de empantanamiento de tropas, derroche económico y desgaste político en la metrópoli.

EE. UU. lleva años siendo conducido por eventos ajenos y todo ello dentro de una falsa sensación de poderío. Unos años en los que su prestigio se ha visto desgastado y en los que, además, se han oficializado políticas exteriores de mayor o menor aislacionismo, empezando con las reducciones de tropas del presidente Obama en Afganistán y las graves indecisiones en el conflicto sirio, que dejan una imagen de poca fiabilidad. En la actualidad, bajo la dirección de Trump, llegado al poder con un *América first* que ya era una clara declaración de aislacionismo, los asuntos exteriores no van mejor; el Departamento de Estado ha sido casi desmontando y la imagen está lejos de ser definida. Aumenta la percepción de orfandad entre sus socios y protegidos.

Pese a su enorme presupuesto de defensa, las capacidades de las Fuerzas Armadas estadounidenses han disminuido en estos últimos años⁴. Obama decidió bascular el centro de interés hacia Asia, pensando en China, y allí es necesario que se vea un contrapeso a su creciente presencia, de lo contrario aquellos países que sufren la presión de Pekín podrían tomar la decisión de ceder, lo que sería un enorme golpe para la imagen y la influencia de América. El cierre asiático para los EE. UU. vendría con una hipotética Corea reunificada bajo influencia de Pekín.

En Europa, con el cierre de muchas bases estadounidenses aún hoy en marcha⁵ y finalizada la ampliación hacia el este, todo se fía a la capacidad disuasoria de la OTAN, especialmente ante las bravuconerías de Putin, pero la apatía estadounidense ante las intervenciones rusas y turcas, tanto en Siria como en Libia, no son un mensaje tranquilizador. En el caso iraní son muchas las amenazas lanzadas desde Washington, pero el convoy de petroleros enviados en mayo desde aquel país a Venezuela, violando las sanciones económicas y atracados sin novedad, tampoco parece que sean un buen mensaje.

Están los EE. UU. en pleno período electoral y eso, cuando el presidente se vuelve a presentar, es presagio de grandes sorpresas en función de las encuestas, por ello es forzoso ser prudente a la hora de analizar lo que puede ser el futuro próximo, pero el mundo, lejos de la multipolaridad que algunos auguraban y deseaban, parece cada día más dirigirse a un *sin-díós*⁶ geopolítico en el que es posible que las relaciones de poder se modifiquen, en algunos casos, de forma radical.

LAS NUEVAS RELACIONES DE PODER

Desde el nacimiento de la Federación Rusa, Moscú se esforzó por recuperar, en cierta medida, el control sobre las repúblicas centroasiáticas mediante la Comunidad de Estados independientes y más recientemente con la Unión Económica Euroasiática, pero su debilidad económica, muy dependiente del precio de las materias primas, no puede impedir que estas repúblicas tengan un 60 % de su comercio dependiente de China. Sirva esto como ejemplo de la ductilidad de las actuales relaciones de poder en el ámbito internacional.

En los ámbitos regionales, la creación de estructuras supranacionales en las que se produce una cesión parcial de soberanía por parte de sus integrantes, el caso paradigmático es la Unión Europea, supone una atenuación del poder de la nación-Estado sobre sus entes subordinados, regiones o ciudades, las cuales, en este mundo en el que 175 000 vuelos diarios lo redimensionan hasta el nivel de aquella ciudad-Estado cuyo dominio venía marcado por la distancia de un día de camino, se ven obligadas a desarrollar sus propias redes comerciales y líneas de negocio sin esperar la ayuda o permiso de los entes de gobierno por encima de ellas. El comercio está empequeñeciendo el mundo y haciéndolo más interdependiente, como ha mostrado el coronavirus.

A lo anterior se añaden las tecnologías de la información que desde la revolución de las relaciones

comerciales han llevado a cabo la transformación de las sociedades a unos niveles que la-pandemia ha podido poner a prueba y refrendar. En lo negativo, con las recientes explosiones de violencia ciudadana en los EE. UU. que han sido, en algunos casos, convocadas a través de redes encriptadas, como Signal, y desde ellas transmitidas en *streaming* a todo el mundo. Una nueva evidencia de la relatividad del poder y control de los órganos de gobierno tradicional⁷ que debería llevarnos a recapacitar hacia dónde va el mundo; un mundo en el que la robotización parece ser la nueva y desconocida frontera para gobernantes y gobernados.

China mejoró enormemente el nivel de vida de sus ciudadanos en los últimos 20 años pero aún tiene recorrido por delante antes de plantear un serio enfrentamiento con los EE. UU., la diferencia enorme entre sus respectivos presupuestos de defensa lo muestra claramente

Aunque sigue habiendo superpotencias, estas no parecen tener un control claro y diáfano como sucedía en el siglo pasado

La conjunción de un mundo globalizado con relaciones económicas marcadas por la reducción de costes, un primado creciente de las tecnologías que expulsan del mercado a los menos preparados y unos sistemas de gobierno que, en clave occidental, marcan un claro cortoplacismo electoral, dan como resultado unas tendencias hacia el cesarismo populista en la mayoría de los países que llevan a la aparición de cierto neofeudalismo, en el que crecientes capas de población quedan excluidas del bienestar general o simplemente pasan a ser dependientes de los subsidios estatales⁸. El resultado de todo ello es una creciente

inestabilidad social, fuente de conflicto que conlleva enormes riesgos para la seguridad de los países o de los bloques como la Unión Europea, que, además, deben hacer frente a nuevas amenazas derivadas del cambio climático, las migraciones de masas o el riesgo de pandemias.

Sigue habiendo superpotencias pero estas no parecen tener un control claro y diáfano, como sucedía a mitad del siglo pasado. Los recientes sucesos de los EE. UU. son una muestra, pero la crisis sanitaria también ha mostrado conatos de contestación en la férreamente controlada China. Las ciudades están en



marcha, físicamente mediante los nuevos medios de transporte y también crecen en el ciberespacio hasta conformar una aldea global que se perfeccionará con el próximo salto de los sistemas autónomos de traducción instantánea. La geopolítica tendrá que contar con estos nuevos factores, pero también es posible que alguno de los grandes actores caiga en la «trampa de Tucídides»⁹ y desencadene un movimiento ofensivo, armado o no, de carácter preventivo. Todo es posible y cada nuevo elemento de incertidumbre introduce un desafío para los sistemas de seguridad nacionales y colectivos; un dilema que, en el caso europeo,

solo puede ser resuelto con más Europa.

NOTAS

1. Hoy esa zona la ocupan Afganistán, Tayikistán, Turkmenistán, Kirguistán, Uzbekistán, Kazajistán y el Xinjiang chino.
2. Se conoce como *Tornaviaje* la ruta de vuelta desde Filipinas a las costas de California descubierta por uno de los navíos de la expedición de López de Legazpi en 1565. Por ella viajaría el galeón de Manila hasta 1813.
3. Zona de influencia social, política y económica de la ciudad.

4. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial la Marina contaba con 6500 navíos; en la actualidad no sobrepasa los 200.
5. <https://www.ouest-france.fr/europe/allemaigne/trump-veut-reduire-la-presence-militaire-americaine-en-allemaigne-les-allemands-s-en-inquietent-6860613>
6. La RAE estudia la inclusión de la palabra como sinónimo de caos y aquí también como falta de liderazgo.
7. Conviene no olvidar que en los sistemas autoritarios el control de población es sustancialmente diferente del existente en las democracias liberales.
8. La crisis de violencia en los EE. UU. viene asentada en la situación social de las minorías étnicas en ese gran país.
9. https://www.academia.edu/42736868/La_trampa_de_Tuc%C3%ADdides

BIBLIOGRAFÍA

- HUNTINGTON, S.P.: *El Choque de civilizaciones*. Paidós, Barcelona; 1997.
- KAPLAN, R.D.: *The return of Marco Polo's World*. Random House, New York; 2018.
- KENNEDY, P.: *Auge y caída de las grandes potencias*. Debolsillo, Barcelona; 2006.
- MAHAN, A.: *El interés de los Estados Unidos de América en el poder naval: Presente y futuro*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá; 2000.
- MACKINDER, H.: El pivote geográfico de la historia. <https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/viewFile/36331/35205>
- NEIRA, H.: *Cesarismo populista*. Editorial Zero, Madrid; 1970.
- SUEVOS, R.: «El cambio del pivote geográfico de la historia». *Revista Ejército* n.º 917; 2017.
- SUEVOS, R.: «Amenazas, cambio climático y la necesaria adaptación de las Fuerzas Armadas». *Revista Ejército* n.º 928; 2018.
- TOYNBE, A.J.: *Ciudades en marcha*. Alianza Editorial, Madrid; 1970.
- VVAA.: *Panorama de tendencias geopolíticas: horizonte 2040*. IEEA, Madrid; 2018.■



Elaboración propia